

PAZ, TRABAJO Y LIBERTADES

Se han iniciado las campañas políticas en el estado de Chihuahua. Se renovarán la gubernatura, el congreso local y los sesenta y siete cabildos municipales. El contexto social en el cual se desarrollan las actividades electorales no podía exhibir peores signos: violencia delictiva exacerbada, muertes que se cuentan por millares, clausura de negocios, desempleo, emigraciones masivas y, en el ámbito subjetivo, el temor y la zozobra montados en las conciencias de todos. Es seguro que nadie recuerda una época más aciaga, pues habría que remontarse quizá a los años de 1917 y 1918 para encontrarla.

Los mexicanos y en especial los habitantes de Chihuahua, hemos perdido muchas cosas en estos años, conjunto que podríamos condensar en una tríada: paz, trabajo y libertades. La primera se nos esfumó junto con la impunidad generalizada, que ha permitido la proliferación de toda clase de delitos, desde homicidios atroces, secuestros, hasta robos y saqueos de casas-habitación. Los cuerpos armados —policías y ejército— del Estado, han sido superados o paralizados por el crimen, dejando a la sociedad en el desamparo. La tranquilidad que permite existir, amar, trabajar, divertirse, moverse, es en nuestros días a la vez una nostalgia y una aspiración.

Las ocupaciones productivas, sea en términos directamente económicos o referidas a inversiones de largo plazo como las educativas, se han reducido al mínimo. Se ha difundido que sesenta mil jóvenes en Ciudad Juárez son "ninis", esto es, ni estudian ni trabajan. El dato es pasmoso y abrumador, porque está hablando de la cuarta parte de la fuerza de trabajo industrial en la urbe y desde otra perspectiva, de la porción más sensible y esperanzadora de la sociedad. Obviamente, los números no son exclusivos de la ciudad fronteriza, sino que expresan un fenómeno nacional.

Somos ahora mucho menos libres. Porque no podemos caminar por las calles y las plazas, porque no podemos transitar sin miedo por las carreteras para visitar a los parientes y amigos, para estudiar o para hacer negocios. Puede ser que en el camino seamos víctimas de un atraco o un crimen, que quizá venga de alguna banda de delincuentes, o peor aún, de los uniformados, convertidos ellos mismos en malhechores. No se trata de la afectación exclusiva del derecho de tránsito, sino que al parejo se arrastra al resto. Se está produciendo así un naufragio de las libertades elementales, cuya posibilidad de ejercicio práctico se está evaporando en medio de esta catástrofe social, por más que los derechos formales se amplíen y perfeccionen en las leyes, esto es, en el puro papel.

Puede afirmarse, sin ningún afán magnificador, que el país ha entrado en una fase de descomposición social de la cual tardará décadas en salir, si antes no atajamos la enfermedad. ¿Vale la pena negarla o maquillarla, como quiere hacerlo el Presidente de la República? ¿Ganamos algo si nos dedicamos a exaltar las bondades de nuestra patria —que las tiene— y cerramos los ojos ante la tragedia? Ciertamente es que ya se escucha a muchos influidos por la desesperación, quienes insisten en una vieja cantinela: "este país no tiene remedio". Pero la gigantesca mayoría no renuncia al futuro, no reniega de la nación. Sabe o intuye cuán grande es la fortaleza de nuestra historia y de nuestras reservas morales. Como ha sucedido en el pasado, de ambas emergerán las fuerzas que nos hagan salir del derrumbe.